

Cadáver Exquisito

Andrés Borja V.



Capítulo 1

Llegué a Hannover poco después de que muriera mi madre, probablemente en septiembre del 93, no lo recuerdo con exactitud, lo que sí recuerdo es que aún hacía mucho calor. Las gigantescas carreteras periféricas me impresionaron desde que entré a la ciudad por primera vez; en realidad fue la última, porque una vez adentro no saldría sino después de un año, durante el cual llegaría a conocer esas autopistas hasta el hartazgo, pero esto, por supuesto, ni lo sospechaba en ese entonces.

Empecé a trabajar para Georg al segundo día de haber llegado. Recuerdo con detalle los curiosos objetos sobre los que caía mi mirada mientras recibía una enfática pero ininteligible reprimenda en un alemán áspero. Daniel me había recomendado llegar con una hora de anticipación, advirtiéndome sobre la estricta puntualidad teutona y repitiendo hasta el cansancio que Georg era particularmente quisquilloso al respecto. Por supuesto, creí que exageraba y me tomé mi tiempo. Daniel me consiguió el trabajo, había pertenecido a la empresa de limpieza de Georg hace unos meses, antes de regresarse a Quito a ayudarme a cuidar de mi madre. Insistí en que no viniera, pero es inútil discutir con Daniel, igual que conmigo; supongo que por eso somos amigos desde que tengo memoria.

El trabajo era sencillo: lavar las autopistas que bordeaban la ciudad, eliminar toda la mierda acumulada a lo largo del día, dejarlas en perfectas condiciones entre las tres y las cinco de la mañana, antes de que el tráfico se vuelva pesado. Un horario de dos horas, seis días a la semana: era perfecto para alguien como yo y la paga era extraordinaria. De

hecho, era una paga que excedía con creces la de muchos otros trabajos de baja categoría, pero nunca pregunté por las razones, solo recibía mis cheques. Además, en el tiempo libre podría conocer la ciudad y los alrededores. No planeaba quedarme mucho tiempo, solo el suficiente para pagar algunas deudas con las que nos había dejado el imbécil de mi padre. ¿Por qué Alemania? Por cierto espíritu espartano innato, supongo, pero sobre todo porque los pasajes en ese entonces eran más baratos que a España y a otros países (nunca entendí bien por qué). Como sea, Daniel había estado trabajando aquí y sus inacabables relatos sobre la experiencia me convencieron. Georg ofrecía vivienda gratuita y desayunos después de las jornadas, desayunos, por lo demás, lamentables, pero la excelente paga lo compensaba, así que, dentro de todo, era un trabajo conveniente.

Jamás dormía antes de las jornadas: me pasaba en mi cuarto (prefiero no describir la austeridad de los cuartos cortesía de Georg, pero todos los extranjeros que vivían ahí los llamaban jaulas y creo que ese epíteto es benevolente) leyendo desde la media noche hasta poco antes de que iniciara mi turno. Creo que leí todo Borges en tres meses. También leí muchos cuentos de Bioy y Silvina; sí, esa fue mi época argentina. Pronto descubrí que se disfruta mucho más a los escritores mientras más lejos estás de su lugar de origen, un descubrimiento baladí por donde se lo mire. Después de desayunar con todos los que vivían en la pensión de Georg, salía a comprar cualquier cosa para pasar el mal gusto que esa tapioca dejaba en la boca, por lo general un café. Bebía mi café en algún parque del centro, observando a las palomas y respirando el frío aire de las siete de la mañana.

El trabajo no era tan rutinario como podría pensarse y no tardé en verificar la diversión implícita en lo que me había contado Daniel. Lo que uno descubría al limpiar esas autopistas era verdaderamente extraordinario. Una vez seguí el rastro de las páginas de una novela en francés, una hoja tirada en la carretera cada doscientos metros aproximadamente. Al llevarme las páginas que encontré al cuarto, traté de leerlas (mi francés era y sigue siendo precario) y descubrí que era algo del Marqués de Sade. En otra ocasión, limpiamos un rastro de polvo blanco que, ya muy tarde, mi compañero y yo descubrimos que no era ni cal ni harina, sino cocaína. Sé que parece inverosímil, pero lo juro por mi madre, que en paz descansa. La probé, la probamos algunos de los que vivíamos en la pensión y la pasamos bien mientras duró (duró algo así como una semana, porque no logramos rescatar mucho con la aspiradora, la gran mayoría la habíamos lavado con el camión sin saber lo que hacíamos).

Los animales fueron para mí la peor parte al principio. La primera vez que vi la mitad de un perro y su rastro sangriento cerca de la cuneta, tuve que bajarme del camión a vomitar. Pero todo es cuestión de tiempo y un hombre es tremendamente adaptable. A los dos meses ya estaba desprendiendo restos de perros, gatos, zorros y armadillos del pavimento con la ayuda de una pala de manera muy impasible. De hecho me volví experto en autopsias animales improvisadas. A los seis meses ya era famoso entre mis compañeros de trabajo por mis imitaciones de informes policiales en los que describía con detalle la forma en la que el desgraciado animal había pasado a mejor vida. El humor nos sirve de escape en las condiciones más brutales; si te lo tomas todo en serio, te jodes, me había advertido Daniel.

Llevaba trabajando ocho meses para Georg cuando sucedió. Faltaban menos de quince minutos para el fin del turno. Yo y mi compañero (un venezolano que había ingresado hace solo un mes) estábamos fantaseando con utópicos desayunos, la comida ideal que cada uno querría cuando llegáramos por fin a la pensión en una media hora. Fue entonces cuando las luces del camión iluminaron al animal. Era un perro, otro asqueroso perro destrozado por algún asqueroso conductor desaforado. Le correspondía al venezolano bajarse esta vez, pero me había empezado a caer bien esa madrugada y además era su primer animal, así que decidí ahorrarle el mal trago y le dije que yo iría. Cuando estaba a menos de tres metros, una pata se movió. Carajo, pensé, el condenado no está muerto todavía. Era la primera vez que me encontraba con un animal agonizante, pues era del todo raro que alguno sobreviviera dada la velocidad a la que circulaban los coches por las autopistas periféricas de Hannover. Me acerqué con cautela. En efecto, le habían golpeado en un costado y aunque se le veían los huesos de la cadera y había perdido mucha sangre, el animal seguía vivo. Me miró cuando me senté sobre mis talones para deducir las circunstancias del impacto. Era un pastor alemán más bien mediano, quizás aún no había cumplido un año. De pronto, el corazón me dio un vuelco: tenía un collar y una placa con un nombre grabado. Sin ningún escrúpulo acerqué mi mano y moví el collar hasta hacer visible el nombre: BENNO. En la parte de atrás había un número telefónico. El perro ni se inmutó, solo sus ojos se movían e iban desde mí a algún punto perdido en la oscura carretera. Las luces del camión pestañearon y entonces recordé al venezolano.

Volví al camión y le expliqué mi hallazgo. Bueno, habrá que matarlo, seguramente está sufriendo. Su tono me sorprendió, parecía muy resuelto. Sí, claro, claro, respondí saliendo de una especie de estado hipnótico. De hecho, ni se me había pasado por la cabeza que tendríamos que matar al animal. Bueno, ahí está la pala, acábalo, que el desayuno espera y aunque no sea el de camarones con el que estábamos soñando, me muero del hambre igual. Saqué la pala de atrás de mi asiento y cerré la puerta. Ya había algunos coches circulando a esa hora, eran casi las cinco y la gente que vivía más lejos se dirigía sin ganas a sus lugares de trabajo, pero aún estaba muy oscuro. El perro me dedicó otra mirada cuando me acerqué. Apenas movía una pata delantera, pero era algo así como un tic, algo involuntario y debido al golpe, seguramente. Fue rápido, nunca había hecho algo así. De regreso en el camión, mientras llegábamos a la pensión, el venezolano hablaba más que nunca, pero yo apenas asentía cuando hacía una pausa; el collar con la placa se movía entre mis dedos, dentro del bolsillo de mi chaqueta.

Se volvió una especie de talismán, no sé muy bien por qué pero lo llevaba a todo lado conmigo. En contra de mis predicciones, nunca tuve pesadillas relacionadas con Benno y en los días que siguieron me sentí bastante bien, mejor que nunca desde que había llegado. Una tarde, mientras iba al cine después de haber dormido un par de horas, me encontré con un primer cartel pegado en un poste. En la foto en blanco y negro se veía a un pastor alemán pequeño en los brazos de alguien de quien solo se veía eso, sus brazos, cubiertos por un suéter de rayas. Pasé de largo. Sabía que se trataba de Benno, pero no verifiqué el nombre ni el número de teléfono. Ese cartel estaba cerca del

cine, en el distrito de Ricklingen, por tanto asumí que mientras me mantuviera alejado del sector por un tiempo, no volvería a ver más de esos. Me quedaría por el centro, bebería mis cafés en el Maschpark y me conformaría con pasear por allí hasta que el dueño se rindiera y los carteles desaparecieran; podía vivir sin películas una temporada.

Desde luego, me equivoqué. A la semana siguiente ya encontré carteles en los postes y en los árboles que rodeaban el parque. El mismo pastor alemán y los mismos brazos cubiertos por el suéter de rayas. No tenía más remedio. Si quería librarme de esa locura, tenía que acercarme y mirar detenidamente uno de los carteles. Sí, el perro se llamaba Benno y llevaba perdido cerca de un mes, había desaparecido cerca del zoo, en Linden-Limmer y se ofrecía una recompensa de 200 Marcos. Saqué el collar de mi bolsillo y comprobé que el número en el reverso de la placa coincidía con uno de los tres números de contacto del cartel. Furioso, arranqué el cartel del árbol y me fui a la pensión.

Los siguientes tres días no pude dormir, ni leer y casi no tenía apetito. Alguien estaba buscando a ese perro y no tenía idea de que estaba muerto desde hace más de tres semanas. Un extraño sentimiento que no conseguía distinguir entre culpa o responsabilidad me decía que tenía que llamar y contar la verdad, ahorrarle al dueño la prolongación del sufrimiento, la incertidumbre, la angustia, barrer con sus vanas esperanzas igual que como barría la basura de las carreteras. Una mañana después del desayuno en la pensión, salí hacia la cabina telefónica más cercana. Contestaron antes del segundo timbrado. ¿Sí?, dijo una lejana voz de mujer joven en un alemán con mucho acento. Mi alemán, para ese entonces, estaba bastante

curtido, fruto de largas jornadas de trabajo escuchando de alemán nivel intermedio por encima del ruido del camión. Hola, llamo por el anuncio del perro. ¿Benno? ¿Has visto a Benno? ¿Lo tienes contigo? El entusiasmo de la mujer me asustó y enseguida me entristeció mucho. Yo... Sí, lo tengo aquí. Es un perro hermoso y está muy asustado.

Hasta el día de hoy hay noches en las que me paso en vela preguntándome, sin resultados, por qué lo hice. A la mañana siguiente me acerqué a la dirección que ella me había proporcionado, pues me negué rotundamente a que viniera a la pensión en ese mismo instante, como había sugerido. Primero, porque no quería que supiera en dónde vivía y, sobre todo, porque aún no tenía idea de cómo resolver el problema en el que me había metido. Necesité toda la noche y una cajetilla entera de cigarrillos para ello. Sí, fue entonces cuando volví a fumar, después de tres años de abstinencia total, desde que se le diagnosticara el cáncer a mi madre. Cuando toqué el timbre, la mentira era ya una imponente estructura, detallada y cuidada, dentro de mi cabeza. La analogía es predecible: su sonrisa, al abrir la puerta, fue como una ola, porque resulta que mi estructura, que no era ningún castillo, sino una estructura muy moderna, estaba hecha de arena (o de mierda, pienso a veces, en retrospectiva).

Su nombre era Sabine y era tan hermosa como suena. Vivía sola, tenía veinticuatro años y estudiaba derecho en la LUH. ¿Y Benno?, fue lo primero que dijo. Traté de recoger con las manos temblorosas la mierda mojada y darle forma. Benno... se escapó. El rostro de Sabine adquirió una configuración que no iba nada bien con sus facciones. Anoche, yo... hablaba contigo desde una cabina y cuando regresé a mi apartamento ya no

estaba. En contra de lo que creí que sucedería a continuación, Sabine se encogió de hombros y me invitó a pasar. Tenía lágrimas en los ojos mientras me ponía delante una taza de café. Siempre ha hecho lo mismo, empezó a explicarme sentada en el sofá de su sala de estar, con los pies descalzos recogidos sobre el mismo y cubriéndose con una especie de chalina muy larga y colorida. Desde que me lo regalaron se ha escapado varias veces, era como si quisiera regresar con su dueño original. ¿Y quién era su dueño original?, le pregunté bruscamente. Mi novio. Bueno, mi ex novio. No tiene importancia. En efecto, decía esto con mucha fluidez y sin asomo de nostalgia, sin asomo de ningún sentimiento, para ser más exactos. ¿Será posible que haya vuelto con él? ¿Le has llamado? Mis preguntas me sonaban cada vez más estúpidas, y en mi tono de voz había no solo timidez, sino auténtico miedo. Él está muerto, respondió con frialdad, y además vivía en Salzburgo.

Le invité a almorzar pero me dijo que aceptaba la cena, porque ya tenía planes para el medio día. En lugar de regresar a la pensión me quedé paseando por el barrio hasta la hora acordada con Sabine. Era un barrio bonito, nunca había estado por ahí, había dos parques grandes y algunos paseos comerciales. Todo el tiempo, mi mano derecha apretaba con fuerza el collar del perro en el bolsillo de mi cazadora.

Empecé a ver a Sabine con frecuencia, tres o cuatro veces a la semana. Casi siempre pasábamos en su piso, hablando tardes enteras, pero era yo quien más hablaba. Llegué a contarle todo sobre mí hasta antes de venir a Alemania, a partir de ese punto, mi historia distaba mucho de la realidad. Si ya le había mentado en lo más importante, en lo tocante a Benno, tenía que

mentirle en el resto, no sé si porque me daba vergüenza, o porque temía que atara cabos, quizás una mezcla de las dos cosas. En todo caso, según la versión que le conté, estaba haciendo una pasantía en la biblioteca municipal, había estudiado filología en Ecuador y esta temporada en Alemania me proporcionaría la experiencia necesaria para iniciar una maestría en París. Por suerte manejaba muy bien la información sobre universidades europeas y lo necesario sobre mi supuesta profesión. Sabine, por el contrario, se reservaba mucho sobre su vida antes de empezar a estudiar y rentar ese piso. Si alguna vez volvía a preguntarle sobre su ex novio, me decía que no había sido su novio exactamente y que no quería hablar de eso. En cuanto a literatura o cine, mis pasatiempos favoritos, solo teníamos una coincidencia en cada rama, porque a Sabine no le interesaba demasiado ninguna de las dos. Perec y Tarkovsky, respectivamente. Era del todo curioso que alguien que había leído casi todo Perec y visto casi todo lo de Tarkovsky se limitara a esos dos artistas, sin conocer en absoluto a otros, ni siquiera contemporáneos. ¿Cómo llegas a Georges Perec sin pasar antes por otros autores, sin tener noción alguna de la existencia de la OULIPO, por ejemplo? Lo mismo me preguntaba sobre el director soviético. La única explicación que se me ocurría (y esto sucedía mientras recorría como zombie las autopistas de Hannover en el camión) era que todo, lo mucho o lo poco que sabía, lo aprendió de su cada vez más misterioso ex novio o ex pareja o ex concubino o lo que fuera.

Un mes después ya éramos una pareja oficial, o eso quería creer yo. Sabine me fascinaba cada día más y hacía el amor como nadie que hubiera conocido antes. Estudiaba por las mañanas y a las 3 p.m. yo ya estaba

sentado al frente de su piso esperándola. Una tarde descubrí dentro de un libro (un ejemplar muy viejo de) la foto que había usado para el cartel de Benno, pero esta era la original, es decir que estaba completa.

Cuando pensé que quien sostenía al perro era una mujer me equivoqué; los brazos cubiertos con el suéter rayado eran de un hombre, un tipo poco agraciado con barba y ojos brillantes, con una sonrisa fina y el pelo recogido en una coleta. Era Georg, el dueño de la empresa para la que yo trabajaba. Estaba muy cambiado en la foto, (muy limpio, eso pensé) era casi otra versión de la misma persona, pero aun así lo reconocí. En la parte de atrás de la foto ponía: Me sentí mareado, no entendía nada. No conocía a Georg bien, nadie en la empresa lo conocía bien, casi no lo había vuelto a ver desde que empecé en el trabajo, salvo en un par de ocasiones en las que apareció por la pensión mientras desayunábamos y se limitó a hablar con el encargado. Pese a esto, no era el típico jefe con un aura de misterio, hasta ahora. Sabine me había dicho que murió y que vivía en otro país y esto era más que suficiente para disparar mi curiosidad. Desde la cocina, Sabine me preguntó si prefería canela o menta para mi infusión. Guardé la foto en el libro de inmediato, llegué a la cocina, la abracé por detrás y le susurré al oído:

Pasé los días siguientes tratando de obtener más información sobre Georg en la pensión. El encargado, un tipo viejo y flaco con cara de rata llamado Hans, me dijo que Georg no pasaba en la ciudad, que tenía otros negocios que supervisar. Busqué a los compañeros más antiguos para preguntarles si sabían algo sobre el pasado de Georg, aunque fuera un rumor, aunque fuera solo un mito de esos que abundan entre los empleados sobre sus jefes, pero resultaba que ahora yo era el más antiguo, con casi diez meses en la empresa. Pensé en

Daniel, después de todo él me había conseguido el empleo, él le había hablado a Georg de mí, podía conocerlo un poco mejor o al menos lo había conocido en la época en la que aún estaba con Sabine, según mis cálculos. Daniel se mostró molesto, reacio a darme detalles. De Georg sólo necesitas saber que es tu jefe y que te paga bien, mucho más de lo que mereces por ese trabajo de mierda; créeme Mario, no quieres meterte con ese hombre, tú trabaja y empieza a pensar en volver, que las deudas están cubiertas desde hace rato. Esto era verdad; hace dos meses las deudas ya habían quedado cubiertas, pero yo no tenía ninguna razón para regresar a Ecuador. No soy pendejo, Daniel, es obvio que este no es el negocio oficial de Georg, pero no puedo explicarte por qué es extremadamente importante que me des más detalles al respecto, le dije casi en un susurro, aunque nadie podía oírme dentro de la cabina. ¿Crees que eres muy listo porque descubriste que eres parte de algo mucho más grande de lo que imaginabas? Todos lo saben, todos esos peruanos, bolivianos, colombianos y venezolanos saben que están lavando dinero, pero no necesitan saber nada más porque les están pagando más que bien. Tú deberías hacer lo mismo, hermano, no te metas en donde no te han llamado, insistió Daniel, cada vez más agitado. Bien, con o sin tu ayuda voy a averiguar de qué va todo esto, le dije. Esperé pero no dijo nada más, así que colgué el aparato. La verdad era que no tenía ninguna forma de averiguar nada y lo sabía. Sabine era mi única posible fuente de información, pero para preguntarle algo tendría que revelarle que le había mentido sobre muchas cosas, en especial sobre Benno, y en ese entonces aún la acompañaba de tarde en tarde a dejar más carteles y volantes por la ciudad.

“”, decía la foto de Georg. No podía dejar de pensar en

eso. Esa noche soñé con Georg. Era un tipo gigantesco con un pasamontañas o algo parecido y sodomizaba a muchos latinos que estaban encadenados y pasaban en fila, esperando su turno. Desde una silla muy alta y decorada, como un trono, Sabine observaba el espectáculo con una sonrisa sarcástica en el rostro. Una escena del todo dantesca que no he logrado olvidar. No pasó ni una semana antes de que apareciera, después de mucho tiempo, por la pensión. Yo ni me fijé, absorto como estaba, removiendo mi tapioca, pero un compañero también ecuatoriano que había entrado poco después que yo, me golpeó con el codo y me señaló a la ventana. Mira esa tipa que viene con el jefe, buenísima, ¿no? Georg estaba entrando y venía acompañado de una muchacha joven bastante guapa. Me levanté enseguida y me dirigí a la puerta, antes de que el encargado apareciera. ¿Muchacho?, me dijo Georg sin mirarme más de un segundo, buscando a mis espaldas a aquel con quien quería hablar. Necesito hablar con usted, es sobre el trabajo, tengo un par de quejas, me apresuré a improvisar. Cualquier queja se la puedes pasar por escrito a Hans y él me la hará llegar. Por cierto, ¿en dónde está ese hijo de puta?, dijo impaciente. Preferiría hablar con usted personalmente, señor, es un asunto delicado, le dije, tratando de parecer grave. Bien, bien, puedes pasar por la oficina hoy en la tarde, sabes dónde es, ¿no? De hecho no lo sabía, solo había estado ahí una vez, cuando fui contratado y aún no conocía la ciudad. Angela, dale una tarjeta. La chica sacó una tarjeta de su abrigo y me sonrió. Te espero a las siete, ni antes ni después. Entonces apareció Hans, el encargado, y yo me desvanecí mientras los dos hombres y Angela se encerraban en el despacho.

A las siete menos cuarto estaba sentado en una banca,

frente a la dirección que indicaba la tarjeta. El sol no se había puesto del todo y había una luz encendida en el piso que supuse que correspondía a la oficina. Sí, ahora lo recordaba, ese viejo local con rejas metálicas en todo el primer piso, todas cubiertas por grafitis, y una delgada escalera, metálica también, que ascendía por un costado hasta la puerta roja. Cuando faltaban cinco minutos para la hora acordada, la puerta se abrió y un tipo bajó las escaleras, desapareciendo por un callejón.

Subí y esperé a que mi reloj marcara las siete en punto. Entonces toqué. Georg abrió la puerta y me hizo pasar. Estaba bebiendo Schnaps y me sirvió un trago. Los objetos en las paredes y en su escritorio eran los mismos que la primera noche, cuando yo no entendía ni jota de lo que este tipo me gritaba por haber llegado tarde, pero esta vez adquirieron otro sentido. Por ejemplo, ahora me di cuenta de la cantidad de libros que había, todos de Perec. ¿De dónde eres, hijo?, me preguntó en un tono bastante gangsteriano. No se acordaba de mí; por otro lado, por qué habría de hacerlo. Ecuador, le contesté, sin encontrar razones para mentir. Daniel González me recomendó para el trabajo hace casi un año. ¿Qué sucede? Sé breve, me dijo, como si no hubiera escuchado nada después del nombre de mi país. Benno está muerto, dije rápidamente. Pensé que no sabía de lo que le hablaba, porque por un rato, que a mí me pareció una eternidad, no dijo nada. Luego suspiró profundamente y dijo: ¿Cómo conociste a Sabine? Le conté todo desde la noche en que encontré a Benno en la carretera; no me interrumpió en ningún momento, pero sí se sirvió varios tragos de la botella. Cuando terminé, guardó silencio por al menos cinco minutos y luego dijo: Yo sé por qué no le contaste la verdad, chico. Nadie que se precie de ser hombre podría soportar ser el culpable de la tristeza de alguien tan bella como Sabine. Te

entiendo ¿Qué piensas hacer ahora? Esa pregunta me desarmó, no me la esperaba y no tenía ningún sentido.

Ante mi vacilación, Georg soltó una risita y añadió: Sabine es excepcional, pero llena de problemas, y ten en cuenta que esto te lo dice alguien que sabe de lo que habla cuando usa la palabra "problemas". Cuando se enteró de lo que hacía creyó que la utilizaría para lo mismo tarde o temprano. La pobre criatura no quiso entender razón y se marchó. Le compré el perro para que tuviera compañía, porque yo sabía que estaba completamente sola en este mundo. Nunca fue mi intención hacerle daño, pero hay quienes simplemente no soportan vivir con la verdad, tal vez porque crecieron mintiéndose para sobrevivir a la realidad que les tocó vivir. Ella es perfectamente capaz de vivir en el engaño, así que si quieres perderla, ya sabes lo que tienes que hacer.

Esa misma noche, luego de pasar por la pensión recogiendo el collar de Benno, me dirigí al piso de Sabine. Hicimos el amor como locos hasta poco antes de mi turno. Al salir, dejé el sobre que contenía el collar encima de la mesa de café de su sala. Una semana después volaba de regreso a Quito. No la volví a ver.

Capítulo 2

—Cántame una canción.

—No soy bueno para cantar.

— No necesito que seas bueno, solo que me cantes.

—No me sé ninguna canción.

—Eso es mentira.

—No me sé ninguna canción completa.

—Cántame aunque sea un pedazo.

—¿De qué canción?

—De la que tú quieras.

—Mmm...

—No pienses tanto, la primera que se te venga a la mente, solo canta y ya.

—¡No se me viene ninguna a la mente!

—¿Por qué eres incapaz de dejar de pensar? Solo te pido que cantes cualquier cosa para mí y te haces un lío.

—No me hago lío.

—Entonces canta.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué?

—Esto, pedirme que haga algo que... Me cuesta y... Me pones incómodo.

—Quiero que por una vez hagas algo sin pensar, algo espontáneo, algo natural.

—Sabes que es una paradoja, ¿no?

—¿Qué cosa?

—Eso de . Es una paradoja, si me pides que sea espontáneo por definición ya no estaría actuando con espontaneidad.

—No tienes remedio.

—Tú no crees eso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sigues conmigo. Aunque no tenga remedio, tú siempre te vas a mentir y seguir creyéndote el cuento de que tengo remedio.

—¿Crees que eres una prueba para mí? ¿Un reto?

—Sí.

—...

—¿O no es así?

—Yo te quiero.

—...

—¿No vas a responder?

—Ya sé que me quieres y sabes que también te quiero,
pero eso no responde a lo que te pregunté.

—No eres una prueba, yo estoy contigo porque te
quiero y eso debería ser suficiente.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, eso está mejor.

—...

—...

—Cántame una canción.

—¿En serio?

—Sí.

—...

—...

—...

—Sigue.

—...

—Sigue, sé que sabes cómo sigue.

—

—Gracias.

—.

—Me encanta.

—.

—...

—...

—Gracias, de verdad. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Hace frío, abrázame.

—...

—Así está bien. Así está mucho mejor.

—...

—¿Sientes el calor?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Estás llorando?

—Te quiero.

—...

—Te quiero.

—¿Tienes sueño?

—No.

—Sí, hoy nos va a costar con este frío.

—No me dejes nunca.

—No lo haré.

—...

—...

—¿Esos son fuegos artificiales?

—Vaya, sí.

—Son hermosos.

—Sí.

—¿Qué celebramos hoy?

—No sé.

—¿Qué fecha es hoy?

—No sé.

—Tiene que ser... veintidós o veintitrés.

—Supongo. Abrázame más fuerte.

—Ven.

—...

—Ya está. ¿Mejor?

—Mucho.

—¿Qué haces?

—...

—No, espera, ¿qué haces?

—Déjame... Un poco...

—¡No!

—¿Qué te pasa?

—...

—Bah... No puedes hacer nada sin pensar.

—Es que...

—No digas nada. Ven, abrázame otra vez.

—Lo siento.

—No, yo lo siento.

—...

—...

—

Capítulo 3

Cansado de esperar, Mort se levanta de su asiento en el fondo del local y sale hacia el estacionamiento. Se dirige hacia su auto, un Volvo 164 blanco, y se encierra en él. Enciende un cigarrillo. No abre la ventana. No podía esperar más tiempo dentro del local sin parecer sospechoso y ya había rellenado su bebida más de tres veces tras terminar su comida. ¿En dónde estaba la mujer? Dijo que llegaría a las tres y son casi las cuatro. ¿Tuvo algún problema? ¿La interceptaron antes de llegar? ¿Les habrá dado su nombre? No, imposible, nadie tenía por qué saber de esto, nadie. ¿Pero y si la atraparon? Si la atraparon le hicieron hablar, saben en dónde se encontraría con él y están en camino. La mujer, ¿en dónde se ha metido? No puede perder tiempo, debe alejarse de la ciudad. Enciende el coche y empieza a conducir sin saber a dónde va.

Se aproxima a su apartamento: ahí está el coche de Jim y las luces están encendidas. Jim y Marie deben estar adentro, esperándolo. De pronto un enorme coche negro aparece por la esquina. Mort pisa el acelerador y desaparece. Lo saben, han atrapado a la mujer y saben de él, le están siguiendo. Tiene que marcharse, no hay otra opción, al menos hasta que las cosas se calmen. Marie se va a poner furiosa si no llama, pero ahora no hay tiempo para dar explicaciones. Tucson no es seguro, debe seguir conduciendo, hacia el sur, más al sur.

Son cerca de las nueve cuando cruza la frontera. Hay tantas formas de pasar la frontera hacia el sur, pero solo una hacia el norte. Sabe que una vez en México tendrá que quedarse ahí por una temporada hasta conseguir una forma segura de regresar, pero la

decisión ya está tomada, acá abajo nadie lo encontrará. Llega a Hermosillo al amanecer y se mete en el primer motel que encuentra. Duerme casi todo el día, profundamente, sin soñar en nada, o al menos no lo recuerda al despertar, pero en realidad ha soñado con detectives a la antigua que entran a patadas en cuartos desolados de moteles. A las cinco de la tarde se despierta sobresaltado y enciende la televisión. Lo de siempre: asesinatos relacionados con droga, robos, incendios y, para cerrar, como la cereza sobre el postre, una jovencita muy sensual pronostica el tiempo. De pronto recuerda que la mujer no podrá contactarlo ahora que está fuera del país, su móvil no funciona aquí. Quizás cometió un error, quizás debió ser más paciente y quedarse en el restaurante en Tucson. Es tarde, ahora debe improvisar.

Sale del motel para buscar algo de comer y beberse un trago de lo que sea. Un trago es todo lo que necesita para recomponerse. Come unas enchiladas en un restaurante al que da miedo entrar. Poca luz, poca gente, una mesera que parece zombi. Mejor así. En una esquina dos hombres con chaquetas de cuero beben sendos jarros de cerveza y de vez en cuando le lanzan miradas poco amigables. Mort apura sus enchiladas y su Coca-Cola y paga la cuenta. Por un momento piensa preguntarle a la mesera zombi si conoce a los hombres de la mesa del fondo, pero luego se da cuenta de que está siendo paranoico y simplemente toma su cambio y sale del lugar. Dentro del Volvo enciende un cigarrillo, el último de su cajetilla; tendrá que comprar más. Empieza a conducir y cuando está ingresando al parqueadero del motel se da cuenta de que no tiene sueño: ha dormido todo el día. Vuelve a salir y decide pasear por la ciudad. Conoce Hermosillo muy bien, ha estado incontables veces aquí, solo y con Marie. Le

gusta el efecto, la extraña sensación de entrar en un mundo completamente diferente tras conducir solo algunas horas. Tucson-Hermosillo, Hermosillo-Tucson: son como los extremos de un vórtex, de un agujero negro que le transporta a través del tiempo y del espacio. Son sus únicos refugios. O al menos lo es Hermosillo ahora, ya no está tan seguro de Tucson, por eso está aquí ahora. Pero, ¿es verdaderamente seguro? Si dieron con su apartamento ya habrán interrogado a Marie y ella sabe que Mort gusta de bajar hasta Hermosillo de vez en cuando.

Conduce por la ciudad como poseído, sin fijarse en nada ni en nadie. A las tres de la mañana se da cuenta de que ya se ha alejado bastante. Al parecer tomó la carretera hacia la costa. Ahora llega a un poblado llamado Miguel Alemán que está desierto, como cualquier poblado a las tres de la mañana. Se detiene en medio del camino. ¿De qué está huyendo exactamente? No ha hecho nada ilegal, nunca recibió la mercancía. Si detuvieron a la mujer, no hay razón para que lo estén buscando a él, y aun si fuera así, no podrían incriminarle por nada. Está a tiempo de regresar, pero no lo hace. De repente, lo único que tiene sentido es seguir conduciendo en la misma dirección. Al amanecer llega a Bahía de Kino y en un bar en la playa pide huevos de caguama revueltos y un Bloody Mary. La vida es buena, piensa mirando las olas. Se siente bastante bien; Tucson parece un sueño lejano, y pensar que estuvo ahí hace menos de dos días, temiendo por su libertad. Ahora que puede detenerse y pensar con claridad, se le ocurre que es plausible que la mujer hubiera llegado pocos minutos después de que él se marchara del restaurante. Si fue así... Qué más da a estas alturas; todo parece irreal con esos colores ahí, tan cerca, con esa brisa lamiéndole la

cara, mesándole los pelos.

Ha pasado una semana y Mort sigue en Bahía de Kino, gastando todo lo que trajo en Bloody Maries y sus favoritos huevos de caguama. Se ha tenido que comprar un par de playeras baratas y unas bermudas. La ropa con la que llegó está sucia, casi olvidada debajo de su cama en el hotelucho en el que se hospeda.

Pronto se quedará sin efectivo. Lo más sensato sería regresar, después de todo ya ha pasado algún tiempo y no hay ninguna razón para temer nada en Tucson.

Ahora está seguro de que la mujer llegó al restaurante poco después de que él saliera como un loco y que si hubiera esperado un poco más, todo habría sido diferente. Pero, ¿es eso lo que habría querido? Aquí se está muy bien. La mujer, la mercancía, la policía; su amigo Jim, su novia Marie; su apartamento, su trabajo, sus planes: todo se difumina un poco más con cada día que pasa hasta hacerse irreconocible, como si fuera el recuerdo de otra persona, un recuerdo ajeno.

No pasa mucho tiempo antes de que haga un trato: el Volvo por su estadía permanente en El Arrecife, un hotel venido a menos. El dueño se vuelve su confidente y le pone un apodo que pronto convierte a Mort en la leyenda del pueblo. Ahora le dicen El Caguama. No existe un solo bar en Bahía de Kino en donde no se conozca al Caguama, ese gringo con la cabeza rapada, camisetas viejas y la piel curtida por el sol. Dicen que vive a base de una bebida que contiene sangre y huevos de una tortuga de mar, que él mismo se dedica a recoger. Prefiere las noches, pero no es raro encontrárselo por la playa al amanecer, hurgando entre la basura que la marea ha traído. Nadie sabe cuándo llegó exactamente. Según algunos, siempre ha estado aquí.

Capítulo 4

—No entiendo cómo tomas ese café tan amargo. Ponle algo, no sé.

—El café, como el whisky, mi amor, no puede ser contaminado con agentes externos. Debe tomarse así, tal cual.

—Ah, perdón. Me olvidé que estaba hablando con el más atorrante que hay.

—Uno tiene que cultivar sus gustos.

—Pásame la leche del refri, Ego.

La luz es blanca, casi perfecta. Las paredes son blancas. La persiana romana es blanca. Las sábanas, por descontado, también son blancas. Si uno se queda quieto y observa con cuidado, puede ver pequeñas partículas (blancas) atravesando un haz de luz que va desde la persiana un poco desacomodada hasta el final de la cama, donde dos pares de pies desnudos están entrecruzados. Dos son pequeños, casi infantiles, con dedos que se encogen como un puño a ratos, al ritmo de una voz que viene de arriba, de los lejanos altos de la cama. Tienen las uñas pintadas de rojo brillante. Se retuercen y juegan con los otros dos pies, que son comparativamente enormes y tienen un poco de pelo encima, pero son bellos a su manera. Este último par está bastante quieto, en contraste. Solo se mueve para reaccionar ante el inquieto jugueteo del par de pequeños pies de uñas rojas que, invariablemente, se escapan del abrazo del par de pies grandes y peludos.

Es como si fueran hermanos: hermano mayor y menor. Hermano cauto y hermano atolondrado. Hermano serio y hermano juguetero. En ningún momento el hermano mayor pierde la paciencia; sin importar cuántas veces el menor se sacuda, se retuerza y le de golpes, el mayor vuelve tranquilo a abrazarlo y a contenerlo. Se podría decir que le sigue el juego.

—Ya tengo las entradas para la función de la noche.

—No puedo creer que por fin la vayamos a ver. Gracias, corazón. No sabes cuánto significa para mí.

—Yo sé. No podíamos dejarla pasar. ¿Podemos pasar por la Gandhi antes del teatro? Les acaban de llegar novedades. Hay joyas, por lo que vi en Internet.

—Seguro, amor. Pero no podemos demorarnos. ¿Qué vas a comprar?

Hay una taza de café y otra de té en el velador junto a la cama. Los contenidos de ambas están tibios. La taza con café está más vacía que la de té. La de té lleva además leche. La taza de café es toda verde, sin diseños. Verde como un aguacate. Tiene despostillado un fragmento en el borde, por lo que hay que beber de ella con cuidado. La taza con té es blanca y más bien pequeña. Lleva escrito "It is what it is" en negro, en una tipografía inclinada a la derecha que parece escrita a mano. La taza de café no lleva azúcar ni ningún tipo de endulzante; es café negro amargo. Hay una cuchara pequeña dentro de la taza de té. Los contenidos de

ambas tazas vibran casi imperceptiblemente. Quizás por las ondas de sonido del grave timbre de una voz que está leyendo muy cerca, en la cama. Quizás por los golpes secos contra el pavimento que están tratando de reparar abajo, en la calle. Ninguna de las dos tazas será levantada de nuevo hasta que la voz que está leyendo haya llegado a la palabra "Berkeley".

—"Pulgar oponible". Así se llama. Y tus pies lo tienen. Son como los pies de un chimpancé.

—A ver, sin insultos.

—Pero me encantan.

—Ya no puedes arreglarlo.

—¡No, no! De verdad, los amo. Pueden coger cosas. Mira, intenta coger el corcho. Así... Aquí, pon este dedo... ¿Ves?

—Soy un fenómeno.

—Pero eres mi fenómeno.

—Cállate y sigue leyendo.

Cosas que se pueden encontrar tiradas en el piso de la habitación: una moneda de diez centavos y tres de un centavo; una vincha negra para sujetar el cabello; una media azul; un sujetador negro; una entrada y la mitad de otra entrada para "Who's afraid of Virginia Woolf?",

función de las 8:00 PM, luneta alta, asientos B13 y presumiblemente B14 o B12, no se sabe con certeza porque falta la mitad de esa entrada; dos pantalones de tela jean, uno azul claro y otro azul oscuro; un arete de plata con forma de aro; dos libros viejos y uno nuevo, uno sobre otro formando una diminuta columna, desde el que está en contacto con el piso hacia arriba se puede leer en sus lomos: "El hacedor", "Historia de la noche" y "La cifra"; una camiseta blanca sin diseño; un corcho de botella de vino; un cinturón marrón; un almohadón blanco; un par de zapatos marrones, gastados pero elegantes; un moleskine azul con diseño de flores (Edelweiss) en la tapa; una camisa blanca con rayas azules, verticales y delgadas, poco separadas entre sí; un blister vacío de aspirinas; la página de clasificados de "El Mundo", manchada, mojada, cubriendo orín de gato, probablemente; otra media azul.

—Quiero leerte poemas de Borges en la cama, al despertarnos por la mañana.

—Y yo quiero que me leas, despertarme escuchando tu voz. Pero por favor, quítate las medias.

Llueve. Son gotas gruesas que se estrellan contra la ventana, detrás de la persiana romana, haciendo un estruendo endemoniado. Casi no se puede escuchar el diálogo en la televisión. Son dos policías que van en coche por la autopista. No importa lo que están diciendo. En realidad no importa nada. Hay una taza de té sin tocar en la mesita frente al sofá. El té se enfría a un ritmo vertiginoso; ya casi ha dejado de humear. Sobre el sofá hay un teléfono celular que no va a sonar.

—Un día me vas a dejar.

—¿Qué?

—Eso. No nos gusta hablar al respecto, pero es bueno recordarlo de vez en cuando. Un día me vas a dejar.

—¿Por qué dices algo así justo ahora?

—Es verdad. Y lo sabes. No sé cómo ni cuando. Pero un día todo esto, las tazas, los libros, el teatro, nuestros pies, todo, no será más que recuerdos que nos harán llorar. Y después ni siquiera eso.

—Basta. Por favor. Me arruinaste todo. Estábamos tan bien.

—Lo siento.

—Además, ¿cómo sabes eso? Sí, quizá no estemos juntos para siempre, pero podrías ser tú el que me deje.

—No, eso no va a pasar. Tú me vas a dejar. Y espero que te acuerdes de este instante cuando lo hagas. De tu incredulidad. De lo imposible y lejano que parecía. Y que llores.

—...

—...

—A veces no entiendo por qué te amo.

—No tienes que entenderlo.

Llueve intensamente desde hace un par de horas y no hay señales de que vaya a parar pronto. Junto al colchón que está en el suelo hay una taza verde con whisky y junto a la taza una botella de Jameson, verde también. Si uno escucha con cuidado, aun a pesar de la lluvia contra los vidrios, puede alcanzar a escuchar partes del solo de armónica de "In the wee hours" de Junior Wells, provenientes de unos audífonos. Hay columnas de libros a los lados del colchón, arrimadas a las paredes. La más alta tiene casi un metro. En la tapa del libro que está en su cima se lee "El oro de los tigres". Sobre el colchón hay un teléfono celular que no va a sonar.